

al conjunto, dejando claro que se trata del resultado de años de trabajo en común en el marco de diversos proyectos de investigación en los que los autores han estudiado la literatura griega desde una perspectiva de género y privilegiando las aproximaciones jurídicas y sociales a los textos.

Marta GONZÁLEZ GONZÁLEZ
Universidad de Málaga

JOSÉ CHECA BELTRÁN (Ed.): *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada*. Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2012, 303 págs. ISBN: 978-84-8489-700-2 (Iberoamericana)/978-3-86527-751-0 (Vervuert).

Editado por el investigador José Checa Beltrán, director del proyecto que enmarca esta publicación, el volumen *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada* integra once trabajos salidos de las plumas de investigadores y profesores de reconocido prestigio internacional que forman un selecto y avezado equipo profesional.

Debemos hacer hincapié en una tesis novedosa que, a la luz de los trabajos realizados por el grupo, viene a destruir algunas de las ideas que tradicionalmente se han mantenido acerca del papel que la España ilustrada jugó en la Europa de la época. Si se venía cultivando una receta negativa de nuestro país, el editor defiende en el capítulo introductorio que «tras el análisis de un buen número de textos europeos del siglo XVIII, podemos confirmar la existencia de una corriente de “lecturas rosa”, favorable a España» (pág. 7). Además, este epígrafe, inserto a modo de prefacio bajo el título de «Leyenda negra y leyenda rosa» (págs. 7-12), está destinado a realizar una síntesis de las investigaciones incluidas en el volumen del que tratamos en estas páginas, permitiendo al lector adentrarse en los análisis antes, incluso, de comenzar a desentrañar los trabajos propuestos, hecho que facilita su lectura y predispone positivamente al curioso.

La primera contribución científica es la de las «Apologías, identidad nacional y el desplazamiento de España a la periferia de la Europa “moderna”» (págs. 13-40), de Jesús Pérez-Magallón, catedrático de Estudios Hispánicos de la McGill University, en Canadá, quien reflexiona acerca de la nueva situación geopolítica que experimentó España desde mediados del siglo XVII y las consecuencias de ello. Argumenta que ya no era el momento de destruir a la mayor potencia de Europa, sino de ubicarla en la periferia de la sociedad, la economía y la cultura europeas y, para ello, el autor se refiere a una serie de conceptos relacionados entre sí que le permiten, con recurrentes y oportunas citas de varias épocas sobre la cuestión, discernir sobre

la positividad o negatividad de España como nación en el contexto de la Europa de la Ilustración. Pérez-Magallón maneja varias definiciones de identidad nacional, patriotismo y apología sociopolítica, y apunta el debate que se generó en dicho cronotopo sobre el nuevo papel de nuestro país, y lo hace asumiendo que «en España la necesidad de autodefinirse en términos identitarios se agravó por la crisis de adaptación a su nueva posición en el mapa geopolítico del paso del siglo xvii al xviii» (pág. 26), es decir, que tanto fuera como dentro de nuestro país se necesitaba ubicar lo español.

Los vicios estilísticos y la oscuridad de los gustos lingüísticos de italianos y españoles son algunos de los puntos que analiza Manuel Garrido Palazón, profesor de la Universidad de Almería, en «*Translatio imperii, translatio studii*: el gusto español en la polémica clasicista italofrancesa del primer siglo xviii» (págs. 41-66). En esas páginas recuerda que esos caracteres los asocia Bouhours a caracteres nacionales, teniendo en cuenta que la versión positiva correspondería a Francia y la negativa a Italia y España. Con el nuevo orden europeo, las potencias intentaban desmarcarse y adquirir un papel hegemónico, y dado que el país ibérico estaba bajo mínimos, también era el momento de que otras naciones lo asaltaran culturalmente. Uno de los principales objetivos de Garrido Palazón, a nuestro juicio, es relacionar el cambio en la situación política de España con las nuevas ideas culturales, fundamentalmente francesas, que se pretendían imponer ridiculizando las españolas.

Siguiendo en la línea de las opiniones que los franceses tenían de los españoles, en las páginas siguientes aparece un trabajo en el que se presta especial atención a dos plumas galas extraordinariamente importantes: Montesquieu y Voltaire. En «Montesquieu y Voltaire: sus visiones de España» (págs. 67-103), la catedrática emérita de la Université Paris III-Sorbonne Nouvelle, Françoise Étienvre, comienza citando algunos autores españoles que fueron objeto de estudio por el primero de los filósofos que aparece en el título. Así, Juan Huarte de San Juan, Luis Vives, Baltasar Gracián o Antonio de Solís conformaban algunas de las lecturas de Montesquieu, porque sobre temas destaca el exceso de pundonor del español y la pereza, que dificulta la marcha de un país en todos los sentidos (según su pensador nativo). Cabe destacar la importancia que el autor dedica al rey Felipe II, colocado frente a los decadentes monarcas del imperio español en el xvii. Pero, más allá de las referencias a la Historia con mayúscula, la de los reyes, Montesquieu se recrea en criticar uno de los episodios más ardientes de la historia (y casi de la leyenda) española: la conquista de América, donde la incisión en el papel opresor de la Inquisición es señalada con vehemencia. Numerosas páginas son las que escribe el barón de la Brède sobre la América española y el trato con los indios, aunque nos parece especialmente interesante que la profesora

Étienne recoja algunas teorías comerciales que Montesquieu aplicó a la mala gestión española de los recursos americanos. Por su parte, Voltaire ofreció una visión de la historia de España mucho más rica, como lo demuestran las citas que incluye Étienne en esta segunda parte del estudio, con recuerdos para varios reyes españoles. A la luz de los textos propuestos, podemos inferir que la visión de Voltaire sobre España (que también incluye la Inquisición, la conquista de América e ideas económicas sobre su explotación) es menos partidista, incluso elogiosa hacia la literatura española aúresecular.

Con acierto analiza José Checa Beltrán, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, las «Lecturas sobre la cultura española en el siglo XVIII francés» (págs. 105-137). Lo primero que debemos destacar con respecto a este capítulo del volumen es su propia colocación, porque facilita la comprensión global del fenómeno que supone la visión francesa sobre España, y podemos afirmar esto porque si el artículo precedente se dedicaba a mostrar las ideas de los filósofos galos, muy nocivas sobre nuestro país, el trabajo de Checa se centra en otras publicaciones, como los periódicos que, a la luz de las citas, no muestran tanta negatividad hacia España, más al contrario, elogian y reconocen la cultura española e hispánica y su influencia, aunque no siempre de la misma manera. El investigador del CSIC incluye en su estudio un repaso a lo que él denomina «canales de comunicación» (pág. 110) entre ambos países, que no siempre fueron los mejores, en opinión de los propios autores franceses. En las líneas siguientes se hace un repaso por algunas publicaciones que, verdaderamente, elogiaban la cultura española, algo de lo que, como se ha visto, adolece la mayoría de los escritos de Montesquieu y Voltaire. Más adelante, Checa analiza la relación que en esas visiones tuvieron los conceptos de ideología, nacionalismo y canon. En el primer caso, Checa distingue entre los filósofos, que se posicionaron contra España, y otras instancias que valoraban la historia cultural española, como sucedía con ciertos periódicos que tenían la necesidad de conocer culturas extranjeras. En el segundo caso explica la existencia de textos nacionalistas antiespañoles, aunque se centra en reseñar aquellos escritos que reconocen nuestra virtud cultural, en especial la enorme producción en lengua castellana. Por último, a pesar de que los franceses solían criticar cualquier obra artística que no respondiera a las ideas clasicistas impuestas por ellos, el autor incluye una serie de textos periodísticos que vienen a oponerse a esa negatividad hacia lo español, muchos de los cuales «figuran entre los principales de la Francia ilustrada» (pág. 135).

«No solo polémicas. La difusión de la cultura española en la Italia de la Ilustración» (págs. 139-157) es el título del capítulo que firma Maurizio Fabbri, catedrático de la Università di Bologna. En él se repasan algunas de las ideas que sobre el buen gusto y la corrupción estética afloraron en la

Italia de los últimos decenios del siglo XVIII y que estaban íntimamente relacionadas con España. La decadencia artística que sufrió Italia fue achacada al Barroco español, tanto en su generalidad como en la especificidad de autores tan celebrados como Lope de Vega. Fabbri hace especial análisis de dos autores, uno español y otro italiano: Juan Andrés y Giambattista Conti. Mientras que del primero destaca una defensa de la cultura española a través de algunas iniciativas promovidas en Italia y de la contribución concreta en los géneros literarios, del segundo cita la edición de una *Colección de poesías castellanas traducidas en verso toscano* que sirviera para contrarrestar la influencia que habían ejercido Girolamo Tiraboschi y Saverio Bettinelli en sus ideas acerca de que los españoles habían derruido, con su mal gusto, el arte.

Con el estudio de la profesora Patrizia Garelli, de la misma institución anterior, acerca de «Re-presentarse ante Europa: la producción teatral de los jesuitas expulsos en Italia» (págs. 159-184) asistimos al análisis, entre otros, temático y funcional, de una serie de obras dramáticas cuya autoría pertenece a un grupo muy concreto (en este caso, religioso) que sufrió la expulsión de nuestro país ya mediado el siglo XVIII y fue capaz de producir un conjunto de piezas que explican las costumbres españolas y contribuyen a destruir la imagen negativa que se tenía sobre la cultura de España.

Un trabajo especialmente concreto, a la vez que ilustrativo, es el de las profesoras Giulia Cantarutti y Silvia Ruzzenenti, de la Università di Bologna: «Il *Magazin* (1780-1782) spagnolo di Friedrich Justin Bertuch e il suo contesto» (págs. 185-216). Aunque cada una de ellas redacta una serie de capítulos, en el trabajo encontramos una afirmación harto interesante: gracias a Bertuch, Weimar fue un centro cultural destacadísimo, circunstancia posible debido a la revisión de las relaciones con Italia y a una revista de arte y literatura con reseñas dedicadas a España, el *Journal zur Kunstgeschichte und zur allgemeinen Litteratur*. Además, distintos autores traducen obras españolas a finales del setecientos y principios de la centuria siguiente, como el *Persiles* de Cervantes. El colofón de este trabajo es el análisis del *Magazin* de Bertuch y la publicación de material inédito.

Es igualmente interesante el capítulo «Libros, historias y bibliotecas. La cultura española y la Rumanía ilustrada» (págs. 217-240), de Oana Andreia Sâmbrian, investigadora de la Academia Rumana. Contrariamente a lo que pudiera parecer por la distancia geográfica para la época, recuerda la autora que en el siglo XVIII el conocimiento del legado cultural español en Rumanía era elevado. Incluye un útil inventario de algunos de los fondos bibliográficos de bibliotecas rumanas que contienen adaptaciones y traducciones de obras españolas. Ofrece, además, lo que casi podríamos denominar *addenda*: un epígrafe acerca de lexicones rumanos de finales del XVIII.

El profesor Miguel Ángel Lama, de la Universidad de Extremadura, trabaja sobre los «Versos españoles en la Europa ilustrada. La poesía española en antologías extranjeras» (págs. 241-261), y se remonta al primer tercio del setecientos para citar antecedentes españoles del tema de su trabajo, cuando Mayans (y otros más tarde) subrayó la necesidad de elaborar ciertas colecciones o “parnasos” con los mejores versos de poetas en lengua española, de manera que se fijara el canon —podríamos decir— de la lírica exportable, propósito en el que participaron antólogos como Conti (con una breve y estricta selección de escritores españoles), Masdeu (que confeccionó una antología poética con más de una veintena de ellos) y Quintana (cuya obra fue publicada en España pero reeditada en varios países de Europa). Con todo, uno de los principales valores del trabajo del profesor Lama es el cuadro sinóptico que ofrece al final, donde sistematiza, con la correspondiente utilidad para el investigador futuro, la frecuencia de aparición de los autores recogidos en las distintas antologías que estudia, en otras palabras: los poetas españoles que se leían en la Europa del XVIII.

Fernando García Lara, catedrático de la Universidad Pablo de Olavide, propone un trabajo sobre la «Importancia de los materiales paraliterarios en la imagen de España en el siglo XVIII» (págs. 263-278). Pasando de la alta poesía que el profesor Lama analizaba en el artículo precedente, García Lara se detiene en una serie de textos acaso menos pomposos pero que, para la cuestión que se trata en la generalidad del volumen, es ciertamente interesante. Describe algunos procesos de amoldamiento de costumbres, defensas y ataques culturales que se plasmaron en el género epistolar, en tratados de geografía (con la especial influencia de los británicos), en libros de viajes y en otros trabajos científicos que rayaban, por otro lado, en la rama educativa.

«La cultura literaria española en el primer cotidiano novohispano: el *Diario de México*» (págs. 279-297) es el título de la última contribución científica a este volumen, y lo firma la investigadora Esther Martínez Luna, de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien analiza la influencia que ejerció *El Censor* en el *Diario de México*, describe a los intelectuales españoles y extranjeros a quienes se dedicaron páginas en dicha publicación (incluyendo autores de los siglos XVI y XVII, unos gozando más que otros del favor del pueblo y de la propia edición) y explica el papel que jugó la sátira ilustrada en esos ámbitos. Pero resulta especialmente revelador cómo la sociedad y la intelectualidad mexicanas adaptaban el espíritu neoclásico a sus necesidades entre otras cosas para, en palabras de Martínez Luna, «cimentar el *incipit* de la literatura mexicana» (pág. 295).

«Sobre los autores» (págs. 299-303) es el epílogo que incluye algunas notas biobibliográficas sobre los doce autores del volumen.

El estudioso que tenga en sus manos *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada* poseerá un recomendable trabajo colaborativo excepcionalmente interesante, útil y renovador. Interesante, porque ofrece algunos datos hasta ahora inéditos o desconocidos y porque aporta una visión supranacional sobre la cultura española; útil, porque es una herramienta para investigadores posteriores y para el mismo tema (que podría extenderse a otras zonas, como la América española, apuntada en la última colaboración del libro), y renovador, porque subvierte desde la investigación, el análisis y las pruebas la idea tradicional de que, en la inmensa mayoría de los casos, la imagen cultural de España en la Europa de la Ilustración era negativa. Como ha sido demostrado, no era así.

Ismael LÓPEZ MARTÍN
Universidad de Extremadura

MARIA VITTORIA CALVI y GIOVANNA MAPELLI (Eds.): *La lengua del turismo. Géneros discursivos y terminología, Linguistic Insights. Studies in Language and Communication*. Berna, Peter Lang, 2011, 365 págs. ISBN: 978-3-0343-1011-6.

Maria Vittoria Calvi y Giovanna Mapelli, profesoras de Lengua y traducción española en la Universidad de Milán, editan un completo estudio titulado *La lengua del turismo. Géneros discursivos y terminología*, en el que recogen aportaciones realizadas por un grupo de investigadores, la mayoría de ellos amparados por el proyecto *Linguaturismo*, que, a partir de un corpus previamente seleccionado, lleva a cabo estudios interuniversitarios sobre la lengua de la comunicación turística en español e italiano. En buena medida los trabajos publicados en este volumen proceden de las contribuciones presentadas en el congreso *Confines móviles. Lengua y cultura en el discurso del turismo* (Milán, 10-12 de noviembre de 2010) y todos ellos basan su análisis «en el supuesto de que la LT [lengua del turismo] es una lengua de especialidad, es decir, una variedad funcional de la lengua empleada por los especialistas del sector» (pág. 10), tal y como declaran las editoras en las páginas introductorias del libro. El objetivo del volumen es ofrecer una colección «orgánica de trabajos dedicados a las diferentes manifestaciones de la lengua del turismo» (pág. 11) desde dos puntos de vista: el análisis de los géneros discursivos, que vertebran los textos turísticos del corpus (al que dedican diez trabajos) y el análisis del léxico y la terminología (integrado por cinco capítulos), mediante un tipo de análisis contrastivo entre los mecanismos que emplea la lengua italiana y los que emplea la lengua española en semejantes contextos, sin perder de vista la perspectiva diacrónica. El volumen pretende ofrecer una aportación rigurosa a la lengua del turismo como discurso especializado.